

de ondas expansivas (donde se despliegan las potencialidades de la fase) y ondas depresivas (en las que operan las tendencias restructuradoras), las condiciones políticas reaccionan sobre las tendencias del proceso económico de diversas maneras. La que aquí nos interesa es la que se traduce tanto en factores aceleradores (o desencadenantes) de la contracción, como en otros que obstruyen los procesos restructuradores o en los que favorecen la recuperación o el vigor de la expansión. Esas fuerzas no generan los fenómenos estructurales subyacentes, pero operando a partir de las condiciones generadas por ellos, determinan en gran medida sus ritmos, formas y dimensiones, como podría ejemplificarse en la excepcional duración y particular profundidad de la onda descendente del capitalismo mundial situada entre 1914 y 1950.²⁹ La existencia de diferentes fases del capitalismo afecta a todos los países incorporados al mercado mundial, en la medida en que desarrolla formas de competencia específicas, que exigen respuestas acordes con ese nivel de desarrollo y que interioriza desigualmente en ellos elementos característicos de la nueva fase. Pero esto no implica en modo alguno que el conjunto de la formación económico-social de los diversos países pierda su especificidad, ya que las nuevas modalidades se superpondrán e imbricarán con las viejas; sólo las transformarán muy lentamente a través de diversas formas de transición. Cada país continuará teniendo un nivel propio de desarrollo, dominado por la problemática de una cierta fase interna de evolución (determinado nivel de extensión e intensidad de las relaciones capitalistas asociadas a un tipo de organización estatal y de integración al mercado mundial). A nivel internacional, seguirá coexistiendo toda una amplia gama de niveles de desarrollo, constitución estatal-nacional e integración al mercado mundial, aunque adaptadas en mayor o menor medida a los requerimientos generales de la fase del capitalismo mundial.

²⁹ Consideramos al periodo 1914-1950 como una única gran onda depresiva, porque hacia 1950, aproximadamente, se superarían las principales secuelas de la segunda Guerra Mundial, culminaría la reconstrucción europea y comenzaría un nuevo ciclo de expansión capitalista. Este periodo fue particularmente largo (36 años contra un promedio aproximado de 20 o 25 para otras ondas descendentes) y se caracterizó por una contracción particularmente aguda del mercado mundial y un ritmo muy bajo de crecimiento económico. Ello debe atribuirse a la conjunción de las grandes guerras interimperialistas, la Revolución rusa y la constitución del campo socialista, o la extensión de la revolución colonial, que afectaron gravemente al comercio mundial, provocaron el derrumbe del crédito, retrasaron la difusión del fordismo (que había aparecido en Estados Unidos al comienzo del periodo) e incrementaron brutalmente los gastos militares y burocráticos en detrimento del consumo de masas y la inversión de capital. Sin embargo, estos factores político-sociales no impidieron los avances de la restructuración capitalista, ni el relanzamiento del proceso de acumulación en las nuevas modalidades generadas por ella, porque no eliminaron al capitalismo en sus centros principales.

LAS VÍAS ALTERNAS DEL DESARROLLO NACIONAL

Finalmente, la última cuestión teórico-metodológica que dejaremos planteada es la que se relaciona con el papel de la práctica político-social como factor activo del desarrollo social. Ésta es una cuestión de enorme importancia, no sólo por la trascendencia misma del problema, sino también porque constituye otro de los grandes temas ambiguamente definidos por la teoría marxista, cuyo tratamiento ha quedado generalmente en manos de corrientes interpretativas que han tendido a unilateralizar las respuestas, ya sea en un sentido objetivista-positivista (corrientes que consideran a la práctica subjetiva como un mero instrumento de las tendencias objetivas) o subjetivista-voluntarista, que niegan la existencia o relevancia de leyes y tendencias objetivas.³⁰

A pesar de ello, el marxismo clásico otorgó siempre una enorme importancia al papel del subjetivo social, tanto al nivel de Estado (al que consideró un formidable factor de aceleración o freno del desarrollo) como, principalmente, al de la lucha de clases (en la que vio uno de los dos grandes motores de la historia al lado del desarrollo de las fuerzas productivas o base del dinamismo "objetivo"). Empero, en relación con el papel histórico preciso de la lucha de clases en el desarrollo económico-social, las fórmulas teóricas utilizadas no fueron demasiado precisas. Planteó unívocamente su papel como partera de la historia en las épocas de revoluciones sociales, cuando las condiciones objetivas que las hacían posibles "se habían incubado en el seno de la antigua sociedad". Pero no lo hizo (en términos de formular una teoría específica) para las épocas de desarrollo normal (no revolucionario), mediante el análisis del papel interactivo que jugaba la lucha de clases en relación con las tendencias objetivas,³¹ a un nivel más general que su aspecto puramente reivindicativo para las clases subalternas. En particular, no formuló el tipo

³⁰ A partir de la segunda posguerra, predominaron en las ciencias sociales concepciones que sobrevaloraron el rol del Estado y la política como instrumentos de desarrollo y cambio social, en detrimento del papel de las tendencias objetivas (keynesianismo, variantes radicales del marxismo como el maoísmo o el guevarismo). Para ellas, el propósito de las ciencias sociales era la determinación de metas e instrumentos de acción, bajo la forma de modelos operacionales o proyectos de transformación social definidos al margen de las condiciones objetivas. Bajo esta idea, posiblemente la mayor parte de los marxistas tendió a opinar que ya no era válida la idea de Marx sobre la existencia de leyes y tendencias que regían el movimiento del capitalismo, que sólo habría sido vigente en la época del capitalismo de libre competencia. En esa dirección, se tendió a interpretar arbitrariamente el gran esfuerzo teórico de Gramsci por restablecer el papel de la praxis como factor decisivo del desarrollo histórico, en particular su idea de "bloque histórico" (véase C. Bucí-Glucksmann, *Gramsci y el Estado*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1978, pp. 343-346).

³¹ El concepto marxista de "tendencia objetiva" utilizado en este trabajo no implica en modo alguno un tipo de evolución metafísica impuesta externamente a los hombres por alguna fuerza exterior de tipo natural o divina, sino simplemente la que resulta de la inter-

de papel que podría jugar como fuerza activa en el desarrollo económico-social, capaz de determinar modalidades específicas de evolución más favorables para el progreso económico-social, el desarrollo cultural o la creación y ampliación de espacios democráticos de organización social y participación popular.

Sin embargo, este papel fue analizado concretamente por los clásicos del marxismo en relación con ciertos problemas y casos nacionales precisos, como la transición al capitalismo o la constitución del Estado nacional,³² en los que contrapusieron la posibilidad de vías de desarrollo "desde arriba" y "desde abajo", conforme el mayor o menor peso social y político que alcanzaran en el curso del proceso las viejas clases parasitarias por un lado y los productores directos y el elemento popular-democrático por el otro. El análisis histórico basado en este tipo de contraposición de vías alternas ha sido también efectuado muy fructíferamente desde otras perspectivas teóricas, como sería el caso de la obra clásica de Barrington Moore (*Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*) sobre las diferentes vías nacionales de "modernización" (de acceso a la industrialización).

Dentro del contexto analítico de la pluralidad de vías, debieran situarse las diversas aportaciones teóricas que tratan de rescatar el papel de la lucha político-social y cultural como fuerza activa de dirección social que opera en los diferentes planos de la formación económico-social y la sociedad civil;³³ éste sería el caso de los conceptos gramscianos de "bloque histórico" (correspondencia entre un tipo determinado de política y las necesidades objetivas del desarrollo histórico-social en un contexto deter-

minación de las relaciones sociales establecidas "independientemente de la voluntad de los hombres", según la clásica definición de Marx (en *Prólogo de la contribución a la crítica de la economía política*). El desarrollo de las fuerzas productivas es en este sentido el resultado de la práctica humana en el terreno de la producción, y depende decisivamente del progreso cultural, el desarrollo científico, las motivaciones de los productores o las condiciones de organización.

³² Marx, por ejemplo, distingue en *El capital* entre la vía revolucionaria de transición al capitalismo (cuando el productor directo se convierte en comerciante y capitalista) de la vía conservadora que se da cuando el comerciante se apodera de la producción. En sentido similar, diferencia en su obra *El programa agrario de la socialdemocracia*, las vías "farmer" y "bismarckiana" de desarrollo del capitalismo en la agricultura. En términos políticos, Engels analiza de la misma manera el desarrollo del capitalismo alemán en las últimas décadas del siglo XIX (véase G. Mayer, *Friedrich Engels, biografía*, México, FCE, 1978, Segundo tomo, cap. VIII), y Gramsci, para Italia, distingue entre la "vía Mazzini" y la "vía Cavour" (*Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*).

³³ Entre los autores marxistas de posguerra que resaltaron este tipo de preocupación debe destacarse la aportación italiana de Rainero Panzieri sobre el papel de la lucha obrera en la definición de las relaciones de trabajo y la propia organización industrial (en el mismo sentido Gartman en Estados Unidos y De la Garza en México). En el marco de la teoría económica del desarrollo y la historia de la tecnología, resultan de gran interés los trabajos de Albert Hirschman o de Nathan Rosenberg, que rescatan la aportación marxista al análisis de las modalidades nacionales del desarrollo económico-social.

minado) o de "revolución pasiva" (transformación social impuesta desde abajo por un tipo de movilización popular no hegemónica).

El rol activo del subjetivo social y la pluralidad de vías del desarrollo operan en principio dentro del espacio de los Estados nacionales, en el marco de sistemas políticos e institucionales dados. Por eso escribió Marx que "en su forma" la lucha de clases es un fenómeno nacional (como todas las manifestaciones inmediatas de la lucha político-social). Pero en la medida en que las clases sociales y las fuerzas políticas tienden a conformarse dentro de los diferentes países capitalistas, en torno a configuraciones comunes a los mismos, para cada época histórica (en las distintas fases de desenvolvimiento del capitalismo mundial), los procesos nacionales se encadenan entre sí, imponiendo cursos históricos (revolucionarios, contrarrevolucionarios, reformistas) y modalidades económicas, sociales, políticas o culturales específicas a las distintas épocas de evolución del capitalismo mundial, el sistema internacional de Estados y la vida cultural de la humanidad.

En conjunto, este tipo de análisis no ha sido aún generalizado dentro de un esfuerzo de teorización global. Pero una vez que se accede a él, parece evidente que constituye una necesidad para el estudio de todas las fases y problemas del desarrollo, tanto en los países centrales como en los periféricos, así como a distintos niveles del desarrollo social (agrícola, industrial, educacional etcétera). En este trabajo se concibe al nivel de progresividad histórica de las diferentes vías alternas, en función de la medida en que cada una de ellas resuelva tres tipos de problemas: a) el desarrollo de las fuerzas productivas en sentido amplio (abarcando sus aspectos culturales) y las relaciones que el mismo establezca entre la sociedad y la naturaleza; b) la participación de los diferentes tipos de trabajadores en la apropiación del producto de su trabajo, la gestión del proceso productivo y las condiciones de su reproducción de la propia fuerza de trabajo, y c) la incorporación democrática del pueblo y los sectores subalternos al sistema político y la organización social. Desde esa perspectiva analítica, llamamos vías progresistas, democráticas (o simplemente "desde abajo") a las que mejor concilien la primera de esas exigencias con las dos últimas, y reaccionarias (o simplemente "desde arriba") a las que no lo hagan, en el entendido de que entre ambas cabe un conjunto de caminos intermedios.

En este sentido podría hablarse, para referirse por ejemplo a las modalidades alternativas de desarrollo del llamado Estado social en los países industriales del periodo de "entreguerras", a vías fascistas, socialdemócratas o de *new deal*. De la misma manera podría hablarse, pasando a América Latina casi en la misma época, de vías más avanzadas y regresivas de tránsito hacia la industrialización sustitutiva como la carde-

nista, la peronista o la varguista, etc. Lo mismo debería hacerse en relación con etapas anteriores (como el propio proceso de transición al capitalismo y cada una de sus diferentes fases) y posteriores, o a los esbozos de diferentes modalidades que tiende a adoptar en los diversos países y tipos de países el actual proceso de cambio mundial. Y desde luego, con respecto a los diferentes caminos de transición al socialismo (o de preservación de elementos del mismo allí donde existan).

En nuestro trabajo adoptamos esta metodología analítica, considerando que el desarrollo de cada país, en cada una de sus fases, está condicionado por ciertos determinantes objetivos de carácter interno (como la necesidad de resolver problemas característicos de un cierto estadio de desarrollo en un marco social, institucional y cultural determinado) y de tipo externo (como la integración al mercado mundial, la fase del capitalismo en el mundo o las condiciones impuestas por el sistema de Estados y las relaciones internacionales de fuerza). Esta direccionalidad específica de la evolución histórica marcará en última instancia las posibilidades y límites de la acción político-social, condenando a la derrota o la desaparición a las que traten de detener el carro de la historia y premiando con la posibilidad del éxito a las que actúen con visión de futuro.

Dentro de las tendencias más generales del desarrollo histórico de cada época determinada, la lucha político-social terminará imponiendo las modalidades específicas de evolución de cada país. Conforme a sus características y logros, el desarrollo social global podrá adquirir diferentes formas, según sea el vigor y la amplitud de la participación popular, las modificaciones en las relaciones de poder, la transformación de las fuerzas productivas y la modalidad de los cambios económicos, sociales y culturales. Un primer tipo de resultado (el más negativo), será el bloqueo prolongado de las fuerzas productivas por obra de la resistencia de las viejas fuerzas dominantes o de la orientación conservadora de los procesos de cambio. Otro tipo de desarrollo posible estará dado por la modernización, desde arriba, del bloque en el poder y las relaciones económicas, sin protagonismo popular o con una débil presencia de las presiones desde abajo. Pero si en la base de la sociedad se desencadenan procesos muy amplios de movilización social que operen dentro del marco de las tendencias del desarrollo histórico, se abrirán procesos de transformación social profunda, ya sea bajo la forma de "revoluciones pasivas" (en el caso de fuerzas ascendentes no hegemónicas y admisión desde arriba de una parte sustancial de sus demandas), o de revoluciones políticas triunfantes que abran paso a transformaciones mucho más radicales del orden social vigente. La posibilidad de revoluciones políticas de este tipo dependerá de la capacidad de las fuerzas populares para asumir demandas del conjunto de la sociedad y de la carencia de suficiente flexibilidad del

poder estatal para realizar desde arriba las reformas necesarias. Pero si el conflicto no logra resolverse en un lapso razonable, o si la fuerza triunfante no es capaz de restablecer las condiciones de desarrollo normal de la sociedad en el largo plazo (modalidad del primer caso), el país se verá arrastrado a procesos de decadencia económica, social y cultural que lo marginarán de las grandes tendencias del desarrollo universal.

Para concluir, podría decirse que las condiciones del éxito político y del éxito económico de los movimientos político-sociales son, por cierto, diferentes. El triunfo político a corto o aún a mediano plazo, puede ser logrado tanto por fuerzas genuinas que luchan por restablecer condiciones históricas superadas, por movimientos utópicos incapaces de responder a los retos de la realidad o por liderazgos demagógicos basados en la inmadurez cultural y política de sus bases. Pero el tipo de logro que perdura a través del cambio social efectivo, sólo puede surgir directamente de su compatibilidad con las condiciones internacionales y nacionales de las fuerzas productivas.

La historia está plagada de casos en que movimientos populares triunfantes pagan su falta de viabilidad histórica con enormes fracasos ulteriores, que abren paso a salvadores providenciales, restauradores de lo viejo, a procesos seculares de involución económica, social y cultural, o a orientaciones salvajes desde arriba de los fines primitivos del movimiento. El mundo de hoy nos ofrece ejemplos muy característicos de este tipo de trágicos desencuentros, como nos lo muestra el triste fin del experimento leninista-stalinista, de las distintas formas del voluntarismo vanguardista o de los estertores a destiempo del populismo nacionalista. Ello requiere más que nunca de un nuevo tipo de racionalidad social, que mire hacia el futuro buscando conjugar las mejores aspiraciones de justicia y libertad del utopismo histórico con el estudio científico de las potencialidades de los nuevos tiempos y del esfuerzo por conjugarlas en demandas sociales y políticas realizables.